Santa Lucía

AÑO XXI. — Nº 1021. **EL DIA** MONTEVIDEO, AGOSTO 10 DE 1952.



VILLA BIARRITZ Y POCITOS.
(Fotografía Juan Caruso).

Es desde el cielo que se distinguen en su belleza panorámica las playas que van ondulando nuestra ribera, todas ellas de una suavidad acariciante, enmarcadas por caseríos que dan mayor relieve a este desmayar del agua sobre la arena con leve espuma.



Puerto de Montevideo, uno de los más grandes de América, índice del desenvolvimiento económico del Uruguay.

PARALELISMO DE DOS CIUDADES
I.- MONTEVIDEO

VISPERAS de mi retorno a la tierra tierra, al hombre tierra, al agua y aire tierra, he tenido la dicha de volar sobre Montevideo. He querido llevarme, impresa en mi retina, una visión global de la urbe. Transitamos por la ciudad, nos saturamos de su aire, en nuestras manos llevamos las huellas simbólicas de su verticalidad petrificada, y en el espíritu la estigmatización de sus humos, sin embargo, no la divisamos sino desde la lejanía. Siendo Montevideo aun una ciudad apaisada, esconde sin embargo su realidad de calle y plaza, edificio y monumento. El sentido de bloque comienza a ahogar la individualidad de las partes. Dentro de ella, la ciudad no deja ver las casas y éstas no dejan ver la ciudad. Su entidad rebasa los límites de las partes y hay que mirarlo todo en perspectiva. Como si dijéramos que Montevideo ha alcanzado planos de obra artística, siendo preciso contemplarla limitada a su vez por su marco natural de río, aire y campo.

Mientras el avión marca una elíptica ascendente, Montevideo parece hundirse, entregándosenos toda ella compacta, limitada. Emergen algunas islas. El Palacio Legislativo, con desolación de ruinas a su alrededor; el Hospital de Clínicas en un grito de cemento rotundo, cuadrado, extraño, por su colosalismo, a la naturaleza urbana que le rodea; la aguja del Obelisco se anuncia leve en el cruce de 18 de Julio y Bulevar Artigas, como centinela del Parque Batlle y Ordóñez. Algunos rascacielos dispersos parecen evadirse de una realidad de planta baja, y ellos anuncian ya el centro de un nuevo estilo arquitectónico que cambiará radicalmente la fisonomía de la ciudad.

Montevideo continúa siendo uniforme en el blanco gris de sus casas y en el verde de sus jardines y arboledas. Cosa curiosa el verde montevideano. Conocida es la repetición con que Darwin se refirió a la "casi absoluta ausencia de árboles en la Banda Oriental". Los primeros pobladores de la colonización, a fuer de españoles, tenían fama de ser enemigos del árbol. Esa es la leyenda. Y se deducía, que no sólo se dedicaban a arrasar vidas —otra leyenda— sino que talaban los bosques. La historia y la geografía han progresado mucho desde el día en que se forjaban los prejuicios, y hoy se sabe que las causas determinantes de aquel agostamiento estaban condicionadas por el drenaje milenario de los ríos, los vientos, etc.

Sin embargo, la voluntad del hombre vence a los elementos, los disciplina para su ejercicio y los emplea para el espectáculo contemplativo de su obra. A tal grado, que esta zona oriental, Montevideo concretamente, nos da la impresión de una ciudad verde. El árbol es su distintivo. Difícilmente se encuentra en el mundo una ciudad tan adornada de verde como Montevideo. Esto le da un contraste de claroscuro, contraste que se acentúa hacia la periferia. Y es sorprendente como el hombre ha podido transformar el pasiaje, al grado de que lo ausente de él, el verde, es hoy su esencia.



Escuela y Estadio Militares y la urbe extendida hasta el gran río.

La formación castrense y [illegible]ocrática de Montevideo, vanguardia y fortaleza del gran estuario del Plata, es fácil que necesitara del campo raso para el dispositivo defensivo. Pero junto a lo castrense, predominó al fin el otro elemento humano que integraba los aledaños de la fortaleza. "Estaba constituída — dice Horacio Arrendondo en su "Civilización del Uruguay" refiriéndose a la sociedad montevideana a mediados del siglo XVIII — en un núcleo inicial, por pequeños labradores que cultivaban las chacras repartidas fuera del ejido sobre el Miguelete, donde a más de las culturas extensivas — trigo, maíz, etc. — se plantaron frutales y verduras con tanto éxito que los viajeros anotan su excelencia, su abundancia y su baratura".

Triunfó el verde sobre lo gris, por la sencilla razón de que la esperanza triunfa siempre de la tristeza. Y si el hombre se asienta sobre el suelo sembrando piedras para el crecimiento de su urbe, no echa raíces hasta que esparce la semilla de la planta paniega o el árbol propicio para la sombra. La raíz del hombre es también de savias bajo tierra, como la de las plantas.

Pero un aire espiritual dispersivo parece sacudir el alma de las grandes urbes americanas. Si la extensión continúa siendo el mal de América, por el enorme vacío de la tierra sin hombres, la extensión es también el mal de las grandes urbes, porque en ellas el hombre pierde personalidad. Es un fenómeno al revés de la ya secular sentencia. La tierra sin hombres es desierto, la ciudad gigante, como en el caso de Montevideo, arrebata al hombre humanidad, haciendo del país una entidad social macrocefálica sin fuertes bases de sustentación. Desde el Cerro a Carrasco, Montevideo presenta un perímetro urbano mayor que el de París, absorbiendo casi el cincuenta por ciento de la población de toda la República. En las propias bardas de Montevideo empieza la soledad del campo. Se acentúa la invasión de la capital por el elemento campesino, y la inmigración se estaciona en Montevideo hostil a la tierra. ¿Es así como se ha de realizar la colonización del Uruguay?

La moderna geopolítica enfoca el problema por otros rumbos. No es con ciudades millonarias que el hombre se convierte en centro de gravedad de su propia vida y de la vida de su medio. La ciudad ideal se considera la que oscila entre los cincuenta y los cien mil habitantes. Ciudades que dan al hombre sensibilidad dinámica en los diferentes aspectos mecánicos y técnicos de nuestra civilización y a la vez le conserva el rescoldo de su convivencia con la madre tierra. El ejemplo cunde en países como Estados Unidos, creando focos de industria en regiones apartadas del país, alrededor de los cuales se congregan los obreros como entidades económicas orgánicas, definidas en su especialidad, absorbiendo el exceso de población de las grandes aglomeraciones humanas.

Mientras volamos, Montevideo se nos aparece extensa en su perspectiva de cuchillas. La edificación de planta baja la hace excesiva, pero paulatinamente van apareciendo, aisladas, edificaciones de siete y más pisos. Aun hay campo para triplicar la población dentro del mismo perímetro urbano. ¿Pero no sería más conveniente para el desenvolvimiento general del país veinte ciudades de cien mil habitantes, que una de dos millones? ¿Cómo crearlas? Tenemos un ejemplo elocuente de cómo la economía turística va cambiando paulatinamente el relieve de nuestra costa. Van apareciendo nuevas denominaciones que en el transcurso de pocos años se convertirán en conglomerados urbanos. Si el turismo, explotado económicamente, da ese resultado, ¿por qué no lo ha de dar la fundación de explotaciones industriales derivadas de nuestros productos agrarios? Pero entre ambas corrientes fundacionales hay necesarias diferencias que es preciso señalar. Las poblaciones que se deriven de los centros turísticos nacen con un mal de origen, el de la ociosidad y sus consecuentes derivados, mientras que el que brote de fundaciones económicas tiene como característica el trabajo, también con sus virtudes.

Es este un problema digno de atención inmediata. La política social no ha de enfocarse sólo sobre los individuos o las colectividades de esos mismos en individuos como entidades económicas o políticas, sino a la vez sobre el todo nacional, consultando un crecimiento orgánico de todas las entidades, integrándose en la entidad pueblo y nación.

En una parte de la elíptica aérea nos situamos sobre el río, ese río sin horizontes de ribera, la Mar Dulce de los descubridores. Montevideo ocupa un lugar estratégico de puerto atlántico. Es una salida natural de toda la cuenca del Plata. En una anfictionía de los países ribereños del Paraguay, Paraná y Uruguay, Montevideo sería el puerto necesario y único. El sueño federativo de Artigas iba consonante con esa

Montevideo es aún una clara luz de paisaje urbano. En su centro se anuncia ya la verticalidad de los rascacielos para ponerse a tono con la moda.

realidad geográfica y el proceso histórico de nuestros pueblos, pero no hay que divagar sobre la historia que pudo y debió ser sino conformarnos con la historia que es.

Montevideo, dentro de esta realidad, es el puerto de la República, uno de los grandes puertos de América, índice del desenvolvimiento económico del Uruguay y exponente de lo que puede llegar a ser un país que a falta de materias primas materiales, posee la mayor de las materias primas espirituales, la de la voluntad y capacidad de trabajo de sus pobladores. Sin esta virtud, las materias primas materiales de nada sirven.

Pero desde el punto de vista de la recreación de nuestros ojos, contemplemos las playas que van ondulando nuestra ribera. Es desde el cielo que se distinguen en su belleza panorámica. El Cerro aparece como sello distintivo de una leyenda, cerrando el poniente de nuestra bahía. Una suave línea ondulada va marcando las playas: Ramírez, Pocitos, Buceo, Malvín, Puerto de los Ingleses, Carrasco, Miramar, San José de Carrasco. Son todas ellas de una suavidad acariciante. Las rutas verdes enmarcando los caseríos, dan mayor relieve a este desmayar de aguas sobre la arena con leve espuma. La isla de Flores parece evadirse de las aguas hacia un fondo de naufragios, y la perspectiva se hace brumosa en un horizonte de nieblas dormidas sobre las aguas.

Nuevo deleite éste de la perspectiva vertical. Miramos en la noche, el cielo estrellado, y experimentamos sensación de abismo. Contemplamos la ciudad a nuestros pies, y percibimos sensación de plenitud. Es ahora que la tiera nos atrae, pero no con atracción de abismo sino de deseo posesorio. Las casas nos miran con sus ojos mudos de horizonte. Y pensamos: ¿no habrá llegado el momento de una nueva estética edilicia? Hasta hace pocos años, el hombre miraba las cosas de frente, ahora las mira hacia abajo. Ya no son las fachadas las únicas exteriorizaciones de la arquitectura. Las casas deben mostrar también un techo estético, pues de lo contrario el feísmo será la impresión predominante.

Los techos de las viviendas de hoy dan la sensación de cráneos vacíos. Es como si contempláramos un cementerio de esqueletos en posición de firmes. Calaveras sin ornamentación de rizos y penachos. El desierto flotando en manchas grises sobre la vida bullente de las calles y los hogares. Se impone un nuevo estilo, para que el paisaje sea una ruta bella en todas direcciones. Y aquí caemos de nuevo en el interrogante: ¿qué es paisaje?

Desde el aire, la urbe. Y el río como mar, y la vastedad inmediata de la tierra como entidad trigonométrica y cultivo, y en el fondo, la tierra desértica. ¿Dónde está aquí el paisaje? ¿Cuál de estas dimensiones naturales es paisaje? Cerramos los ojos y nos recreamos en el goce físico de una nueva sensación que ha penetrado en nosotros. Abrimos los ojos, contemplamos de nuevo la realidad desde el aire, y atesoramos nuevos elementos valorativos. Y llegaremos a nuestro hogar, nos situaremos frente a la máquina de escribir y el paisaje va apareciendo en el nervioso teclear de nuestros dedos. ¿Estará el paisaje en la yema de nuestra digitación, por ser ella la última antena física que se convierte en recreación para los demás? Pero la verdad es que el paisaje es una entidad humana, lo lleva el hombre en el fondo de su emoción en cualquier punto donde se encuentre.

El avión va terminando la curva de su elíptica. A nuestros pies el aeródromo muestra planos de cemento para la suavidad del aterrizaje. Ha desaparecido la ciudad en nuestra perspectiva. El verde de las arboledas nos enclaustra ahora para el recreo tonificante de nuestros ojos, algo irritados por la contemplación de los grises claros de la ciudad que reverbera al sol.

El coche nos conduce ya por la rambla. ¿Dónde está Montevideo? No es esta partícula de horizonte que tapian las fachadas, ni el río sin orilla opuesta, ni el fugaz corte de las bocacalles mostrándonos nuevo tráfago de hombres y vehículos. La ciudad de Montevideo es la que hemos contemplado durante unos minutos desde el cielo, dejándonos un recuerdo tan arraigado en nuestra sensibilidad, que rebasa el límite de unas cuartillas y podría convertirse en poema para el canto triunfante de una colectividad humana. Porque Montevideo es una playa de almas bullentes, triunfadoras, acompasadas por la caricia suave de un beso continuo de olas. La gracia y la fuerza surgidas de la lucha del hombre para asentar su pie sobre la tierra ribereña.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).



El Palacio Legislativo, rodeado de derrumbes, está pidiendo a gritos de mármol un contorno adecuado a su arquitectura.



Parque Batlle y Ordóñez y la mole del Hospital de Clínicas anunciando un estilo arquitectónico colosalista.



Las aguas salidas de su cauce, sumergen los puentes y embisten las poblaciones. Véase, si no, esta imagen del inundado San Ramón.

EL SANTA LUCIA, UN RIO HUMANIZADO

El Santa Lucía es un río de tradición familiar para los montevideanos. Su lenta corriente acaricia el flanco occidental del departamento metropolitano antes de rendirse en la salobre entraña del Plata; sus aguas cautivas, como samaritanas técnicas, dan de beber a la población capitalina; de sus antepasados montes venía la leña para la ciudad colonial entre los silbidos del boyero y los pregones de la africana gente.

Y en reciprocidad de estos bienes, los montevideanos acuden los domingos a su barra o al Parador Tajes en busca del latido íntimo y profundo de los paisajes fluviales que no se pueden encontrar en el ruedo marino del estuario ni en la dorada aridez de las playas.

Es justo, por lo tanto, que los habitantes de la gran ciudad conozcamos la vida de un río campesino que nos beneficia y aprendamos así una humilde pero fecunda lección de geografía física y humana.

En las épocas clásicas los ríos eran dioses. De sus senos brotaba la fertilidad de la tierra; por sus espaldas navegaban los barcos cargados de frutos, de flores, de ricas maderas, de perfumes, de piedras preciosas; en sus márgenes prosperaban las ciudades, se erguían los templos y resplandecían los ojos de los enamorados.

Pero los hijos de estos siglos no tenemos como los antiguos aquella conmovedora reverencia por las corrientes de agua. Estamos lejos de la naturaleza. Nos hemos emancipuado, o sí lo creemos, de su divina férula. Entre la piel agreste del planeta y la nuestra, entre el ritmo cósmico de las estaciones y el ritmo biológico de la vida humana, hemos interpuesto la densa trama de la civilización, la terrible armadura de las máquinas. Por eso nos hemos ido olvidando de los grandes mitos, de las potestades de los bosques y los ríos, de los genios del aire, de los espíritus de la primavera. Y para sustituir esas deliciosas fábulas hemos fabricado una nueva mitología de monstruos mecánicos que ciegan las fuentes ingenuas de la fantasía, que roban la salud de las almas, que alejan del candor de la *iuventus mundi*.

El Santa Lucía fué descubierto por Solís en 1516 y llamado Río de los Patos. En los primeros años del siglo XVII lo rebautizó el paraguayo Hernandarias con el nombre de Santa Lucía y desde entonces así se le conoce.

Por esos tiempos nuestro río era arisco y salvaje. Los charrúas acampaban en sus márgenes y tronaban los mosquetes del español abriéndos paso entre las tribus. Sombríos y poderosos bosques lo estrechaban con vegetal denuedo. Ejércitos de garzas acampaban en sus albardones solitarios. Trotaban manadas de carpinchos en los prados ribereños y el lobo lustroso devoraba anguilas bajo rojas lunas emplumadas con nubes de tormenta. Vivía el río su huraña edad de espumas, sin tratos casi con el hombre blanco, contemplando su vientre de oro en los estiajes y desperezando sus brazos en las crecientes invernales.

Pero no era un río joven. Los ríos jóvenes se disparan como flechas por los valles, ahondan su cauce con vigor adolescente, tienen el impulso musical y la inquietud de las aguas entusiastas.

El río Santa Lucía corrió muchos milenios en telúrico aislamiento antes de que los indios se asomaran a sus orillas o que el conquistador bebiera sediento y herido en sus remansos. Y en esos largos milenios que erosionaron nuestro territorio dándole su fisonomía senil, el río sedimentó su madre; divagó en bucles perezosos sobre el lecho de aluviones; abandonó, como una serpiente que cambia la piel, el álveo de preteridos cauces; construyó las islas hoy llamadas de Collazo, del Peral, de don Felipe, del Francés, de los Caranchos, de los Pescadores, del Tigre; y para entregar su vida al señor platense, fabricó una barra



Cuando bordea el cerro Arequita, el Santa Lucía es un aprendiz de río...



Sobre la naturaleza técnica yergue su sistema. Pero ¿durará el puente tanto como el río?

A lo lejos se columbra la inmensidad del estuario, mientras el gran puente une con inmóvil vuelo las dos riberas del río.

cilatada, de bajos fondos, de dulces arenales, y allí se echó a dormir con despaciosa y solariega nostalgia.

Actualmente el Santa Lucía es un río humanizado. Como el hijo del Ganges, aquel héroe legendario que fundara sesenta ciudades, abriera canales y desecara pantanos, su vocación es eminentemente civilizadora. Pero carece de la virtud esencial de "los caminos que andan". El Santa Lucía, como casi todos los ríos criollos, es un camino que tropieza. Los sedimentos que ya no le es posible acarrear con sus vetustas fuerzas y las costillas emergentes del esqueleto arcaico del país, clausuran su curso. Y no puede tener por ello, siquiera en una escala reducida a su tamaño, la importancia capilarizadora de ríos que como el San Francisco brasileño o el Missisipi estadounidense han sido y son verdaderos "pioneers" económicos y culturales.

Pertenece el Santa Lucía al tipo de ríos colonizados y no colonizadores, transversalmente franqueados y no longitudinalmente aprovechados. El hombre lo llena de puentes, lo salpica de ciudades, captura sus aguas y desbrava sus márgenes, pero no lo navega. Lo vence, pero no lo corrobora.

Nace el Santa Lucía en las inmediaciones del cerro Arequita, en una rugosa axila de la Cuchilla Grande. Pronto recibe la contribución solidaria de una cohorte de arroyos serranos, el San Francisco, el Campanero, el Perdido, el Penitente y otros, que lo estimulan a continuar su marcha hacia el Oeste.

—Me faltan casi cuarenta leguas para llegar al Plata, parece exclamar el aprendiz de río al ceñir la mole rotunda del Arequita.

—No importa, le contestan sus hermanos. Toma nuestras aguas y échate a correr carreras con el curso del sol, que cuando él se derrumbe en la noche, tú dormirás en los brazos del estuario.

Y animado por estas voces frescas y juveniles, el Santa Lucía principia su marcha. Pero no llegará tan pronto al Plata como el sol a su ocaso. Antes están las aventuras del viaje, las vicisitudes del camino, los tropiezos del relieve, las angustias de la sed, las emboscadas de los hombres. El primer signo de la humanización del Santa Lucía es la búsqueda y aprovechamiento de los pasos. Los pasos son las tranqueras de los ríos. Donde el lecho tropieza con un travesaño geológico o donde la sedimentación es vigorosa, allí acude el hombre de la colonia para abrir picadas en el monte y hollar luego la débil corriente con las enormes ruedas de las carretas o el pataleo de millares de pezuñas vacunas.

Paso de Fray Marcos, Paso de Sinforiano, Paso de la Calera, Paso de Cuello, Paso de Pache, Paso de Meireles, Paso del Sordo, Paso de Juan Chazo, Paso de los Carros, Paso de Belastiquí, Paso del Bote: los franqueos naturales se suceden desde la frontera de Canelones y Lavalleja hasta así su desembocadura, escribiendo un tangible relato de circulación económica, de transporte comercial y humano.

Pero los pasos suponen caminos, y los caminos suponen poblaciones, y las poblaciones suponen cultivos, y los cultivos suponen labradores.

Ya no se trata entonces solamente de la historia de un río: es la historia de una región, la crónica de los pagos, el latido afectuoso de las querencias lo que advierte al geógrafo el advenimiento de una reciprocidad singular entre lo inorgánico y lo organizado, entre el escenario terrestre y la ocupación antropológica, entre los elementos naturales y los esfuerzos conscientes.

Aparecen los pueblos, las villas, las ciudades. Primero es Bolívar, un pueblecillo todavía asido al temblor vegetal de la gleba; luego San Ramón, una ciudad lineal crecida a lo largo de una bella avenida; más adelante, la floridense 25 de Agosto vibra en su rinconada bucólica; después, Santa Lucía, sumergida en sus viejos parques, defiende una tradición de aristocracia finisecular reposando al pie de aromadas lámparas de magnolias, suspendiendo las notas de sus blancas casonas en el pentagrama del río epónimo, escuchando suspirar en el violoncello de las aguas el perpetuo *adagio* de la melancolía.

Contrastando con toda esta quieta poesía provinciana, con todo este deleitoso vivir contemplativo, Aguas Corrientes agrega río abajo su nombre prosaico, su sistema de embalses y tuberías, sus descarnados labios succionantes. Y finalmente, en la desembocadura, Santiago Vázquez sostiene sobre su hombro gentil vestido de rosaledas uno de los extremos del enorme puente de hierro que salta sobre la anchurosa barra. ¿Qué resta ya del Santa Lucía antiguo, colmado de matreros, estremecido por el gris estampido de las bandadas de torcazas, que caminaba entre bosques espinosos y milenarios, que amparaba la siesta universal de los gatos monteses, de los ositos lavaderos, de las nutrias color tabaco, de las grandes tarariras encalladas en los bajíos?

¿Qué de las despobladas llanadas de Vejigas, qué de la Rambla de malevos y contrabandistas donde vivía Pancho Chingolo, qué de las guaridas filosas del gaucho Martín Aquino?

Hoy los centros urbanos lo dulcifican, Montevideo le roba sus aguas, diez generaciones de hachas han acabado con sus jerarcas arbóreos, cinco importantes rutas carreteras lo atraviesan y dos líneas férreas lo salvan con airosos puentes.

Sólo le queda el recurso ancestral de las crecidas para recordarle al hombre que todavía conserva sus vacaciones de rugiente libertad. Advierte los signos de la lluvia en los amarillos relámpagos de julio y en el largo trueno que se arrastra sobre los raleados montes. Se llena de alegría pensando en las noches lóbregas y empapadas, de aguacero incesante, sacudidas por los rayos.

Y esas noches llegan. Y las suceden mañanas mortecinas, ahogadas por los chubascos; tardes macilentas, enfermas de humedad; y otras largas noches de clamorosa, de mojada, de feroz melopea.

Los afluentes crecen, arrancan camalotes, sublevan resacas. Llegan ya las aguas oscuras de los arroyos Vejigas, Tala y Canelón Grande; las aguas briosas del Casupá del Chamizo, del Santa Lucía Chico; las aguas revueltas del bronco San José.

El río sale de su madre. Galopa campo afuera. Sumerge con cruel sonrisa los puentes carreteros. Invade los sembrados. Hace retroceder a las vacas ateridas, arrastra a los terneros quejumbrosos, espanta a los leñadores, bate los cubiles de la fauna, sobrepasa la altura de la flora.

Como el troyano Escamandro que perseguía al héroe Aquiles, el Santa Lucía, con hinchada presunción, anuncia a los mortales que sus dioses viven aún, que su imperio natural no ha caducado.

Pero el invierno pasa; las crecientes ceden; las aguas vuelven a su cauce. Comienza entonces la estación de la angustia. El sol resplandece sañudamente en un cielo de cobalto. Canta la cigarra el *lieder* de la sequía, la romanza de la sed. Y al compás de su canto el río se va quedando exhausto, evaporado por la canícula, sorbido por la resquebrajada boca de la tierra. Su corriente se degüella en los pasos. Redondos bancos emergen de su lecho y arden sin fuego bajo brasas de fragua. Descienden sus orillas, las raíces se retuercen en el aire, los bosques quedan suspendidos y el martín pescador devora los peces que boquean agónicos en el limo de los charcos. Y Montevideo padece también los efectos del estiaje y debe acortar sus raciones de agua, hasta que las primeras lluvias le dan al río enclenque el tónico de su jubiloso gorgoteo.

*

Otra vez está el Santa Lucía en su nivel, acogiendo a sus islas, corriendo sin rumor hacia los juncales de la barra donde el cangrejo celebra sus ritos de caníbal.

Otra vez está el hombre en sus márgenes, vistiéndolo con túnicas de cultivos, atravesándolo con máquinas veloces.

Y el río vencido sueña con su ayer salvaje, cuando el monte era espeso, cuando el indio acechaba entre sigilos, cuando el rostro tostado de Hernandarias se reflejaba sobre sus aguas lánguidas y misteriosas.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).
Fotos del autor.



Amanece en la barra. Los yates, en su breve ensenada, todavía duermen.

LA CHINA

"...y al término de las marchas las chinas acamparán sobre el flanco derecho de sus Brigadas respectivas. General Manuel Benavente". — Ordenes Generales del Ejército en Operaciones. Campañas de 1897 y 1904.



DIBUJO DE SIFREDI

FUE una sombra abatida sobre el rastro de las montoneras de la independencia y de las turbulentas columnas de nuestras guerras civiles.

¡Triste destino de una vida oscura!... Se esfumó en la grandeza épica de un cuadro cuyo deslumbrante colorido y marciales resonancias empalidecieron su figura hasta hacerla intrascendente, para que los hombres la olvidasen cuando escribieron la historia con algo de apresuramiento y mucho de ingratitud.

Influencias telúricas o herencia atávica que se fijaron en su espíritu y arraigaron en su entraña para que diese vida de su vida para forjar la independencia de la patria; carne de su carne para gastar el filo de las bayonetas imperiales; sangre de su sangre para regar la tierra gaucha y hacer fecundo el tremendo sacrificio.

Seguidora en su vida trashumante, gastó talón sobre el flanco del transido para alcanzar en la marcha al voluntarioso montado de su hombre. Ella fué la que en gesto de santa rebeldía y como supremo sacrificio de todas sus venturas, cautivada por la figura fascinante del Patriarca, grande en su dolor callado, a pie o enancada, se sumó a la columna heterogénea que seguiría hasta el Ayuí, dejando atrás el suelo patrio, cuna de los pocos halagos que le brindó la vida.

El campo de batalla agigantó su figura plasmando sus gestos varoniles con perfil heroico e infundiendo a sus actos la ternura humanitaria de su femenina condición: fué mano infatigable que en la línea de fuego, con febril actividad, alcanzaba el plomo para saciar el reclamo apremiante de tercerolas y trabucos; palabra que era balsámico consuelo para la desesperación del vencido; brazos que levantaron al herido sustrayéndolo hacia la retaguardia salvadora de la mutilación y del carcheo; dedos que acariciando, cerraron los ojos de los que se fueron para siempre; labios que luego de murmurar torpe oración, posaron ardientes sobre la frente helada del caído en la suprema despedida... Pero también, con patética expresión, recia y bravía, se la vió luciendo jinetas de sargento, enfrentada al sable del imperial cuando andaba en juego la libertad de la patria, o ciñendo tradicional divisa cuando se trataba de afianzar instituciones.

En los fugaces días en que la brega daba un alce, su bata roja puso la nota de fuerte y alegre colorido en los campamentos patrios. En sostenido ritmo con el bordoneo de las guitarras, los amplios volados de sus grandes polleras, lucían la gracia de los giros ondulantes acompasando las notas del pericón nacional. Y estremecida de emoción, tomando la ruda mano de su varonil pareja, unía la delicada y femenina cadencia de su paso de danza, al enérgico repiquetear, sonoro y áspero, de las recias nazarenas.

Amó con todo el vigor y ardor de sus sentidos. Bajo la comba azul del infinito salpicado de estrellas... En el silencio grávido de futuro inquietante de los campamentos en marcha... De cara al cielo ofreció labios y brindó caricias siguiendo el ímpetu armónico y equilibrado de sus pasiones románticas y naturales instintos...

Alumbró al borde del remanso, y el arroyo cantarino con su agua fresca y pura, fué pila bautismal para el tierno y débil retoño al que un día, tras la batalla, cuando el desfile de las tropas, habría de levantarlo en sus puños con los brazos en alto, enfrentándolo a la columna vencedora, para que en sus inocentes y atónitas pupilas quedase grabada para siempre la gloriosa figura del caudillo!...

Su historia —pobre historia—, proyectada en la tristeza infinita de una endecha, quedó enmarcada en trovos y vidalas, estilos y relaciones. Pero cuando el andar del tiempo acalló el canto de los payadores y el eco de las guitarras se fué apagando hasta confundirse con el rumor de la brisa que en los atardeceres teje sordo bordoneo en el ramaje del sauzal costero, ella, la china, antes de perderse para siempre en la inmensidad silenciosa de aquel pasado heroico, sin trovadores que perpetuasen su memoria, sin juglares que cantasen el inmenso dolor de su callada vida, rebelde a hundirse en oscuro anonimato, tomó forma de expresión en el tierno arrullo de la torcaz, en la tibieza del nido, en el vívido matiz de las pequeñas florecillas silvestres... ¡Cuán poca cosa! Lo mismo que fué en vida: un ligero toque de ternura y gracia que apenas puso leve nota de emotiva sentimentalidad en un ambiente recio y bravío, agitado por el violento vendaval de las pasiones desatadas!

Antiguas consejas que perduran en nuestro pago natal, dicen que en el silencio de la alta noche, cuando el jinete lanza su cabalgadura al río y el Yí se estremece con el rumor de sus aguas agitadas, la china se eleva en el cendal de la bruma blanquecina y transparente que flota junto al arenoso playo, a la salida del paso... Intercepta la marcha del jinete que lleva en los flancos del montado, chorreante guarda de cristalinos flecos. Le envuelve en el vaporoso velo de su tenue e impalpable ropaje y le acompaña breve trecho humedeciéndole el rostro, hasta dejar en sus labios la sensación de un beso frío, tan frío que hiela el alma... Y vuelve al sitial de espera para aguardar, infructuosamente, el arribo del que nunca ha de pasar...

Porque querría encontrarle para colocarse a su vera y seguirle hasta India Muerta, como antes lo hiciera, para ofrecerle consuelo en la derrota; o remontar hacia el Norte, salvando largas distancias, para verle cubrirse de gloria en Ituzaingó; o volver tras la huella de aquella trágica columna cuyo rastro siguió, fiel y abnegada, para restañar la sangre de los vencidos en Quinteros...

*

Rodaja y grito, bronce y coraje, fué la ruda expresión de los varones de su época; tanta barbarie y tanta reciedumbre, confusión de grandeza y de miseria, tenían por fuerza que excluir la presencia de su ternura y de su gracia del cuadro inmortal de la gloriosa gesta!...

Ricardo BENAVENTE.

(Especial para EL DIA).



Los sauces despojados de sus hojas se reflejan en los arroyuelos que cobran animación. (Colonia).

GEOGRAFIA DEL INVIERNO

ESTE frío persistente, estas lluvias imprevistas y torrenciales, este viento helado que hace tiritar hasta a los más aclimatados, y sobre todo, estos días cortos, consecuencia del breve recorrido que hace el sol sobre el horizonte, y la escasa luminosidad derivada de la inclinación de los rayos, se van yendo felizmente, y los árboles cargados de yemas que han de abrirse dentro de poco, y las aves que comienzan a construir afanosamente su nido, esperan ansiosos, como esperamos nosotros, una estación más favorable, que llegará con el desarrollo del nuevo follaje de las arboledas y el vuelo de las aves migratorias.

La sucesión de las estaciones en nuestro país no ofrece la rigidez ni los profundos contrastes tan propios de las comarcas de clima riguroso, donde los paisajes del estío se transfiguran rápidamente con la llegada de los fríos, las noches se alargan desmesuradamente y el blanco sudario de la nieve se tiende sobre la tierra como sobre la superficie de un planeta hostil a la manifestación de la vida.

Esos profundos cambios de actividad que motivan la congelación de los ríos canadienses o siberianos o de cualquier país de invierno rudo, las tormentas de nieve que dificulta el tránsito terrestre y las espesas nieblas que duran semanas enteras y que tornan peligrosa la navegación, el intenso frío y los días muy cortos y de escasa luminosidad que obligan a los vegetales a sumirse en un letargo más o menos duradero, y a los animales a emigrar, a cambiar de coloración, a ocultarse en sus guaridas o en la nieve por un tiempo bastante largo, bajo el peso de un sueño invernal, no son propios de nuestra tierra, la que sufre sin embargo una evolución perceptible con el cambio de las estaciones.

Nuestro clima tiene el irremediable inconveniente de los cambios bruscos y de las irregularidades que a veces tornan el estío en un invierno inesperado que se prolonga por algunas semanas, y nos brinda un verdadero veranillo en plena estación fría. Pero aún así, ya sea por las propias modalidades climáticas de la estación, o por la costumbre, las actividades de todo orden del país sufren una evolución anual en consonancia con la sucesión de las estaciones, que no es posible desconocer.

Aunque la pluviosidad se reparte en cantidades poco desiguales en las diversas estaciones, el calor estival provoca una fuerte evaporación, y la efectividad de las precipitaciones resulta muy escasa. En otoño crece esta efectividad; si llueve normalmente, la tierra llega a saturarse, y si sigue lloviendo en invierno, toda el agua pluvial marcha rápidamente hacia el cauce de los ríos y arroyos que se desbordan; el agua se encharca por doquier y convierte en sucesión de lagunas a los bañados. Los caminos de tierra se hacen casi intransitables y el arado encuentra al suelo demasiado pesado y difícil o imposible de trabajar.

Los líquenes que tapizan las rocas y los musgos que cubren las hendiduras o las paredes sombrías, extenuados durante el verano por los ardientes rayos del sol, renacen ahora hasta alcanzar todo su esplendor; los arroyos y ríos coren presurosos a entregar al mar los preciosos limos que nuestros maltratados suelos les entregan; el Plata sacudido por el pampero y las sudestadas, revuelve su fondo y se tiñe de marrón amarillento.

El cruce de los arroyos se realiza con dificultad, y los vehículos no consiguen a veces atravesar los pasos. Muchos árboles se han despojado de sus hojas; los sauces forman islas de bellas coloraciones difusas, amarillas o rojizas; los talas y algarrobos matizan el paisaje de gris. Las golondrinas se han ido. Las pasturas, donde la flechilla blanqueaba al final del verano, descansan en forma de simientes, aunque algunas gramíneas, como el pasto de invierno, no dejan que el verde desaparezca totalmente de los campos, castigados por las heladas.

Nuestro paisaje sufre pues una mutación estacional. Existe una geografía del invierno, distinta a la geografía estival, aunque las características de ambas no ofrecen el contraste profundo de las comarcas de climas rigurosos. Porque cuando ciertos árboles en nuestro país pierden las hojas, otros como el canelón y el mataojo las conservan; cuando ciertas aves nos han dejado porque no les alcanzan las horas de luz para buscar su alimento, otras en cambio desarrollan una actividad inusitada; durante las horas de sol, en pleno invierno, el macachín amarillo decora nuestros campos, y antes de terminar la estación fría, los durazneros y otros frutales exóticos comienzan a dar sus primeras flores.

Nuestra posición continental explica esta modalidad difusa de la sucesión estacional; estamos en el camino de las masas de aire que hacen cambiar el tiempo, y que a veces incluso nos traen el aire helado del Antártico (olas polares); sobre nuestro territorio el aire polar y el tropical se entrelazan como los dedos de dos manos que se encuentran, dejando un hueco bajo el cual, los hombres de esta tierra, se esfuerzan por desarollar una actividad normal y firme, mientras los meteoros cambiantes, se empecinan por hacerla anormal e inconstante. He aquí nuestra lucha, y la razón de muchas de nuestras dificultades, que los arbolillos criollos reflejan con sus troncos y ramas retorcidas, denunciando un clima irregular, con sequías inesperadas, con escasa efectividad de las precipitaciones, con cambios bruscos de temperatura, y con pamperos que provocan una intensísima evaporación a continuación de la mayoría de las lluvias.

Jorge CHEBATAROFF.

(Fotografías del autor). (Especial para EL DIA)



Ante el violento embate de las olas, las barrancas litorales se derrumban. (Jesús María).



El exceso de agua se desliza ruidosamente entre los obstáculos del cauce (Paysandú).



Durante el letargo invernal los algarrobos se despojan de su follaje. (Departamento de Colonia).



La magrez de lo temático no impide la grandiosidad del resultado, cuando el pintor se llama Chardin y su obra configura el capítulo más importante del arte del siglo XVIII francés.



El placer que pueda deparar todo sentimiento extra-artístico se justifica cuando lo erótico [illegible] un Museo mundialmente famoso (Pinacoteca de Munic[illegible]

EL PUBLICO DE L



EN cierta ocasión, un grupo de turistas ingleses visitaba la rica colección de la *"Galleria degli Ufizzi"* en Florencia, siguiendo los pasos y la voz de un guía oficial que bramaba información y anecdotario frente a los cuadros. Debía tratarse, seguramente, de una excursión organizada, de esas que presumen la hazaña de conocer toda Italia en quince días y que, por consiguiente, van trotando de un lado a otro, husmeando el rico patrimonio peninsular, de acuerdo a una regulación estricta de tiempo y para satisfacer el ansia romántica de una cultura apresurada obtenida por lecturas de crónicas y conversaciones sociales. El grupo seguía correctamente las indicaciones del guía: miraba lo que éste señalaba y aprobaba las agudezas de su memoria, transcriptas a un inglés algo macarrónico pero comprensible. Tres o cuatro componentes de la *"ordalía"* reconocieron que su cansancio podía permitirles cierta incorrección, y a la chita callando se adelantaron a la sala siguiente, que aunque más pequeña tenía asientos en el centro y permitía el desplome de la doliente humanidad trotadora (la cultura, —ya lo dijo un amigo agudo— es también, un problema de los pies). Los díscolos componentes del grupo gozaron del descanso que las circunstancias prometían, mientras sus ojos resbalaban aburridamente sobre los cuadros allí colgados. Al poco tiempo, (visita a la Galería: 25 minutos; 5 más para comprar reproducciones), llegó al remanso elegido el contingente turístico: su guía, con gran ademán, solicitó expectativa y anunció:

—Señores: ahora estamos frente a Botticelli.

Entonces todos se asombraron, arrobados de emoción, incluso los que desde hacía un rato vegetaban en la sala y veían sin ver. La reacción fué lógica y esperada. Frente a la obra de un pintor como Botticelli, todo el mundo sabe que debe pasmarse de admiración.

*

La anécdota que antecede, pese a su planteo risueño y aparentemente superficial, es un ejemplo no despreciable de la actitud normal del público de galerías, exposiciones y museos. La crítica y la historia del arte han decretado la excelencia de ciertas obras y de ciertos autores que así pasan a ser reconocidos mundialmente; el contacto con esa producción no merece problemáticas. Generalmente, la exégesis en varios idiomas, tiene razón. Pero no es esto lo importante. Lo importante es que el establecimiento del juicio y la correspondiente predisposición al pasmo, anulan la posibilidad emotiva auténtica que la obra podría provocar. Por supuesto, el presunto "dilettante" queda satisfecho con una actitud tan trivial como la expuesta. La desazón sobreviene cuando se pone frente a obras no reconocidas o cuyo valor provoca polémicas. Incapaz del goce estético en lo plástico, por lo general, al público no le place admitir insuficiencia formativa y se refugia en prejuicios fáciles, puestos en boga por el academismo, de acuerdo a un formulismo del que no es, por cierto, responsable el Renacimiento italiano.

Cuando la torpeza no se aparea a la presunción sensacionalista, aparece otro escape: *"no comprendo"*. Esta modestia es el correlato lógico de la afirmación crítica acerca de ciertas corrientes plásticas que van a contrapelo de los "prejuicios" admitidos como válidos. Entonces se exige que alguien explique, aclarando, por qué y cómo debe gustar la obra expuesta. El problema, por supuesto, se plantea mal. No es sólo cuestión de explicar. Por supuesto que puédese informar delante de una obra de arte; convendría, incluso, informar sobre lo que cualquiera admite como valioso advirtiendo para ello, muchas veces, lo que no siempre pesa en el juicio afirmativo.

Pero la explicación no implica un alcance emocional. Ayuda, generalmente, a quien le falte información, y particularmente formación en el sentido expuesto. Pero la plástica tiene un lenguaje propio, como la música, por el que el artista dice lo que no podría ser dicho de manera distinta. Las palabras, por más convincentes y seductoras que sean, no pueden traducir lo que no es propio de ellas. Se podría, por su intermedio, decir lo que no es, precisamente, contingente al hecho plástico sustancial; llamar la atención sobre todo lo que lo constituye, pero llegar al meollo es aptitud del que observa y sabe mirar.

Puede aprenderse todo lo que los libros, las crónicas y los profesores dicen. Pero, sobre todo, importa ver, ver mucho y bueno, que sólo así se afina la sensibilidad y se logra, por directa relación, la capacidad receptiva necesaria.

El problema es problema de formación. El hombre puede o no ser un intuitivo; puede o no llevar su capacidad emotiva a flor de piel. Pero unos y otros deben afi-



Es normal que pase inadvertido el valor de una obra como ésta, de autor desconocido, y poco divulgada por los libros. Fresco en el Palacio de los Papas. Avignon (Siglo XIV).



firma honorable (Boucher) y se cuelga en



La aparente grandiosidad de los temas triviales permite una comprensión placentera del asunto. Cuando lo cursi recibe el espaldarazo de los grandes Museos, el mal gusto público tiene camino de expansión. "La maldición de su padre", de Greuze. (Louvre).

AS EXPOSICIONES

nar su sensibilidad. El gustador, como el artista, deben formarse, madurar, aguzar su espíritu: lograr la aptitud que el fenómeno artístico requiere para su cumplimiento. Pero el hombre está abandonado a sus propias fuerzas en tal sentido. Y esto no es, por supuesto, característica nacional tan sólo. Desde la escuela, el niño va nutriendo y desarrollando su inteligencia. Junto con ella, el cuidado del físico va cumpliendo el viejo adagio: *"Mens sana in corpore sano"*. El niño y luego el púber y más tarde el joven, van desarrollándose por la alimentación, la gimnasia, la información y los ejercicios intelectivos. Pero hay un aspecto que apenas se roza: es el emotivo. Apenas una cierta relación con la música y con la literatura; quizá una aventura en el dibujo. Pero el aspecto plástico no se cuida, no cuenta. Desde pequeño, el niño está en contacto con los malos cuadros de comedor que el mal gusto de nuestros mayores fué a esorando; como escape, aparecen las terribles láminas de los libros de estudio, que buscan la ilustración por los peores ejemplos de la plástica. En el salón de clase, en la oficina, en la casa, en la Universidad, no hay cuadros, no hay esculturas; no hay, siquiera, buenas reproducciones. En otros países, están los grandes museos, los monumentos de la antigüedad y la obra nueva de los plásticos modernos. Este mal ecuménico de una enseñanza parcial, que va atendiendo por partes el desarrollo de la personalidad humana que, por tanto, conforma monstruos, empieza a paliarse en algunos países adultos, en los cuales desde la escuela se pone en contacto al niño con reproducciones y donde los museos hacen circular sus tesoros, dejando en depósitos a los edificios públicos los originales que no pueden exponerse en sus salas. Es esta vinculación directa la que va desarrollando la apetencia por el goce estético y posibilitan la inteligencia del lencomienzo de todo lo que hay que hacer.

Ese comienzo no tiene raíz en nuestro medio. Se habla de la educación estética del niño. Y algunos maestros se aplican a descubrir artistas precoces. Craso error. ¿Qué educación estética tienen los maestros y profesores? Y si algún especializado aparece, ignora que el lenguaje plástico es, fundamentalmente, un test psicológico y que lo importante no es descubrir artistas y dedicarse a los que en tal sentido se hallan naturalmente dotados, sino que lo importante es atender a ese material humano en formación que merece no ser desconocido o despreciado. Todos por igual serán público; algunos, además, llegarán a artistas y éstos requerirán capítulo aparte.

Por supuesto que una natural vanidad humana lleva a ocultar esta incapacidad formativa; esta negativa condición de su desarrollo. El artista entregará lo mejor de su vida en la realización de su obra: el arte irá aproximando los caracteres específicos de la época en que se desarrolla, en aquellos aspectos imponderables que son su más legítima e íntima condición. La actitud del público es, como correlato, la más trivial, la más estupendamente suficiente. De arte plástico y de medicina todos creen saber un poco; y buena parte, pontificar. La admisión de incapacidad previa es, siempre, falsa modestia para amartillar la pedantería. *"Yo no se nada de pintura, pero este cuadro... etc. etc."*

El arte no merece tanta superficialidad, pero en este juego de relaciones el arte se mantiene y es el hombre quien pierde.

El desprecio o la indiferencia de los torpes, no hace mella a lo valioso; podrá retardar el consenso universal del juicio; hará siempre daño a los artistas, pero es el hombre normal y corriente —por no ser normal, precisamente— quien ve despreciada su posibilidad de goce. Los ciegos no ven, y esto es contingente a su condición de tales. Tener ojos y no ver es una anormalidad, más terrible por desconocida.

Nuestra civilización ha acentuado la importancia del hombre medio. Su programa es más teórico que efectivo. En la práctica, se acentúan las diferencias de clases y los hombres se dividen para el arte en aquellos que "entienden" y aquellos que admiten no "entender". Los mismos artistas hicieron el juego, con su arte para "iniciados", que decretaba un racismo sentimental, propicio a las violencias.

De todo esto, conviene reaccionar. Asimismo, debe admitirse que generaciones enteras están perdidas. Que no debemos, siquiera, tomarles en cuenta el daño que hicieron a los más jóvenes el buscar pervertirles el gusto en edificios sórdidos, reproducciones paladeables o *bibelotes* a escala natural. Por eso, este problema merece planificación y ajuste.

Fernando GARCIA ESTEBAN.

(Especial para EL DIA).



Daumier. El coleccionista de estampas.



"El Sombrero de Tres Picos", de Falla en el Scala, de Milán.

MANUEL DE FALLA

AQUI estoy nuevamente en el chalet "Los Espinillos", donde pasó los últimos años de su vida y murió el 14 de noviembre de 1946, pocos días antes de alcanzar su septuagésimo aniversario, el ilustre compositor español Manuel de Falla y Matheu. Aquí pasé, junto a él, días inolvidables, en pláticas fecundas sobre un sinnúmero de problemas artísticos.

El chalet está construído en uno de los puntos más altos de la villa Alta Gracia, en la sierra argentina de Córdoba; el clima es benigno aquí y el invierno consiste en una ininterrumpida serie de días asoleados, con cielo diáfano que habrá recordado a Falla, quizá más de lo deseable, el cielo de su Andalucía amada. Lo conocí en Granada, donde su casa tenía una ubicación parecida a la que tiene el chalet "Los Espinillos". Joven director de orquesta vienés, el venerable maestro Fernández Arbós me había invitado a dirigir su conjunto, la justamente célebre Sinfónica de Madrid, a principios del año 1936. Conocí las obras de Falla y las admiré profundamente. Y no quería dejar a España sin hacer una visita al más grande de los músicos españoles. Le escribí una carta, en francés, porque aún no hablaba ni una palabra de castellano, y lejos estaba yo aún de pensar siquiera que éste constituiría algún día el idioma dentro del cual me sentiría como en el mío propio. Falla me contestó de inmediato, sumamente cordial como era su costumbre y comunicándome que me espe aría gustosamente en su casa andaluza.

Cuatro años después, volvimos a vernos. Fué en Buenos Aires, a donde Falla había ido, en 1940, para dirigir una serie de grandes conciertos. Llegó enfermo, dando la impresión de un hombre agotado físicamente. Doblemente admirable me parecía entonces su espíritu luminoso, vivaz y de una inteligencia agudísima. Dirigió, asistido por Juan José Castro, los conciertos y recogió homenajes emocionantes de los públicos del Nuevo Mundo. Resolvió quedarse en la Argentina. Primero fué a la ciudad de Córdoba, pasando un tiempo en las orillas del cercano Lago San Roque; luego un amigo y admirador, el señor Gallardo, le alquiló por una suma ínfima (porque Falla no la aceptaba como invitación) la casita de Alta Gracia, a media hora de la ciudad de Córdoba.

Allí trabajó Manuel de Falla, en una habitación que recién ahora, seis años después de su muerte, pude visitar. Tenía algo de celda monacal, como toda la vida de Falla tuvo algo de monacal. La sencillez más absoluta, la humildad, un espíritu profundamente religioso, la ausencia completa de lo que podría calificarse de orgullo, de vanidad, de sentido lucrativo, dieron a esta vida sus características. Una cama dura, una mesa de trabajo, una silla, un ropero, todo muy rústico y exento de todo adorno. Allí pasó Falla muchas horas de su día, entregado a su trabajo musical y a su copiosa correspondencia, llevada con minuciosidad admirable.

En el comedor, al lado de donde hoy escribo estas líneas, pude participar muchas veces de su mesa. Aquí nos reuníamos su hermana, que desde la muerte de los padres, en 1919, le llevaba la casa, él y yo; a veces algún amigo que llegó desde Córdoba o desde Buenos Aires, como yo, para disfrutar durante unas horas de la encantadora compañía del gran compositor. Recuerdo muchas costumbres suyas: la cantidad increíble de remedios que había cerca de su plato y que se esforzaba en tomar rigurosamente según un turno establecido por su médico.

Pero en el fuego de su conversación, típicamente andaluza, llegaba a confundirse continuamente, y nos preguntaba si lo habíamos visto tomar tal o cual píldora, o las gotas verdes, o blancas, o amarillas. Antes de obtener una respuesta ya se había olvidado de la pregunta y seguía con ardor la exposición, siempre interesante, de sus puntos de vista artísticos.

Era Falla muy menudo, de contextura increíblemente fina. Lo único grande en él eran los oscuros ojos muy vivarachos. La cabeza, como modelada en marfil, ya completamente calva. Las manos nerviosas y de corte aristocrático. Caminaba con bastón, casi penosamente. Pero ocurrió con el bastón lo mismo que con los remedios: conversando sobre un tópico que le interesaba, se olvidó por completo de él y cruzó con sus pasos rápidos el largo comedor o la terraza, sin usar en lo más mínimo el bastón. Con todo esto no quiero insinuar que la enfermedad de Falla era imaginativa; de ninguna manera. Lo cierto es que hubo quizá un poco de manía de su parte en la forma de soportarla. En cambio, quisiera destacar la fuerza de la mente, capaz de triunfar durante largos años sobre la debilidad del cuerpo.

Miro a través de los amplios ventanales. Delante mío la verde campiña cordobesa, las suaves sierras llenas de tranquilidad para la vista y para el alma. ¡Cuántas veces habrá pensado Falla aquí en las sierras de su patria! Las vió desde su casa en Granada, como vió desde aquí las amables cumbres cordobesas.

Sentados en esta mesa tuvimos muchas conversaciones que para mí resultaron inolvidables. Como él sabía que mi patria era la misma de Haydn, de Mozart y de Schubert, nunca se cansó de preguntarme mil detalles sobre su vida y su creación. Quería saber si los asombrosos manuscritos de Mozart eran en realidad primeros esbozos como se afirma, o ya trabajos minuciosamente pulidos cuyas etapas no llegaron a conservarse. No pudo concebir Falla semejante facilidad de creación. El mismo creaba en dura lucha consigo, con la materia; corrigió diez y cien veces cada obra y hasta volvió a ellas después de años. A él le parecía mucho más familiar el tipo creador de un Beethoven. ¡Cuántas veces hablamos de los manuscritos mil veces corregidos del ilustre sordo que yo, en el museo de mi ciudad natal, había tenido oportunidad de admirar minuciosamente!

Y no se cansó Falla de contarme un episodio de su niñez que él consideraba decisivo en el despertar de su vocación musical. Tenía entonces siete años, aprendía el piano con su madre en su ciudad natal de Cádiz. Allí existe un viejo templo en que durante la Semana Santa se ejecuta una obra de Haydn. El gran maestro austriaco la había escrito, en 1785, expresamente para aquella iglesia de Cádiz, ciu-



Manuel de Falla, escultura de Juan Cristóbal.

dad que nunca llegó a conocer. Era una extraña obra orquestal titulada "Las siete palabras de la cruz", siete ilustraciones musicales para otras tantas interpretaciones verbales que suele dar en esa iglesia el obispo, de las últimas exclamaciones de Jesús. Falla niño, escuchó embelesado esa música que le parecía como un verdadero mensaje del cielo. Y sesenta y tres años después la recordó con la misma profunda impresión. Le oí exclamar muchas veces: "¡Qué equilibrio! ¡Qué simetría maravillosa! Ni una nota de más, ni una de menos...".

Esto de "ni una nota de más, ni una de menos", quedó como "leit-motiv" de toda su obra musical. Este fué el Norte que él buscaba afanosamente desde sus p imeras obras, desde "La vida breve", con que ganó el concurso de óperas en Madrid, allá por 1905, pasando por las partituras cada vez más perfectas de "El amor brujo", "El sombrero de tres picos", las "Noches en los jardines [illegible] España", "El retablo de Maese Ped o", [illegible] nirable "Concierto para Clave" hast [illegible]

¿Hast [illegible] de? Una gran interrogante se alza al [illegible] de su vida. A Jaime Pahissa, a Juan José Castro, a mí y a otros amigos, Falla habló mucho y detenidamente de su obra cumbre, el oratorio "L'Atlántida", sobre letra catalana de Verdaguer. Años y años parece haber estado trabajando en él. Pero nadie vió nunca una sola página de este oratorio de dimensiones mucho mayores que las otras composiciones de Falla. Cuando todo el mundo musical se aprestaba para celebrar dignamente el 70 aniversario del maestro gaditano que había llevado de nuevo la música de España hacia el primer rango en el concierto de las naciones, su vida se extinguió nueve días antes de esa fecha. Luego, la Embajada española en Buenos Aires envió representantes a Alta Gracia que empaquetaron todo lo que de Manuel de Falla había quedado y lo transportaron a la madre patria.

Han pasado casi seis años y el secreto emocionante alrededor de "L'Atlántida" no ha sido revelado. Verdi compuso [illegible] toda una ópera suya, "El rey Lear". Es inverosímil que Falla hubiese hecho lo mismo con la obra que él consideraba como su más importante y lograda. Pero el mundo musical se pregunta con toda inquietud: ¿Qué ocurre con la última, la definitiva, la póstuma obra de Manuel de Falla?

Kurt PAHLEN.

Alta Gracia, mayo de 1952. — (Especial para EL DIA).

Resonancia de Shakespeare, en el Castillo de Angers

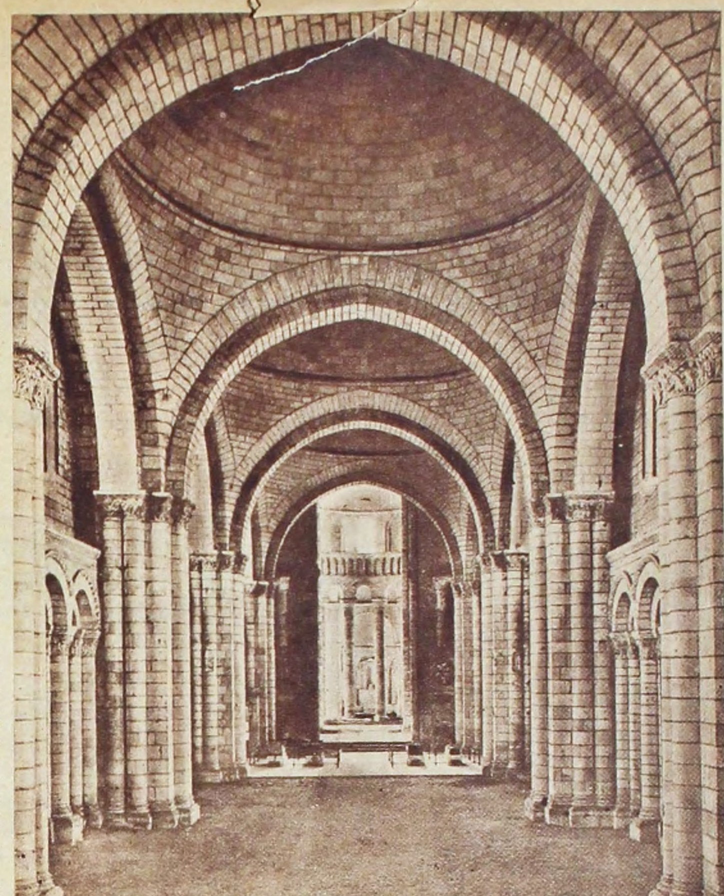
UNA tierra, una nación, un continente, pueden tener también su arteria aorta. Tan necesidad funcional y categórica como en el más simple de los órganos vivos. Idéntica su urgencia imprescindible. La función vital también idéntica. Tal como es la Gran Bretaña hoy, no podría ser, ni viviría, sin el latir del Támesis, su propia arteria aorta. Ni Alemania, sin el Rin. Ni el centro Europa, sin el curso del Danubio. Ni Egipto, sin el Nilo. Los Estados Unidos de Norteamérica (tal como fueron y son), inimaginables sin la necesidad funcional y categórica del río Misisipí.

Prendidas en la misma urgencia imprescindible, la tierra y la nación francesa tienen también su arteria aorta, necesidad funcional y categórica: en el río Loira y en su valle, cinturón a la vez y curso vivo, exponente de la nación que se hace. Porque es lo peculiar del Loira que de arteria aorta sirve para la tierra en sí misma y también para la historia; para el cómo y el cuando historia hizo, y se hizo, y nación, toda la tierra francesa. Y así existe este valle del Loira, tierra actual del automóvil charolado (arco iris y álgebra de las matrículas internacionales), de turistas, de castillos, de guías que rehacen la historia, o la anécdota, o el cuento pueril de fantasmas con apariencia histórica. Desde Chinón (feudalismo, Edad Media) hasta Blois y Chambord (Renacimiento, resonancia de ayer; al mismo tiempo de hoy). Ahora deja uno, sin embargo, el turismo tumultuario que se embriaga de sol, de arquitectura y de anécdota, rompe la línea fija, abandona la fama del valle castillero, y no sube desde Chinón a Tours, a Amboisse, a Chaumont, a Blois. Y río abajo en cambio, desde Chinón hacia Fontevrault se va, hacia Cunault, hacia Angers. Porque en Angers, sin teatro, sin luz, sin decorados, sin guías ni cuentos de fantasmas, valle del Loira también, arteria aorta, historia viva, nos ofrecen un drama de Sakespeare, en su propio ambiente, en su escena propia: las ruinas del castillo de Angers. Shakespeare, pues, en el ambiente de Shakespeare, y en lo más shakesperiano que el propio Shakespeare soñara.

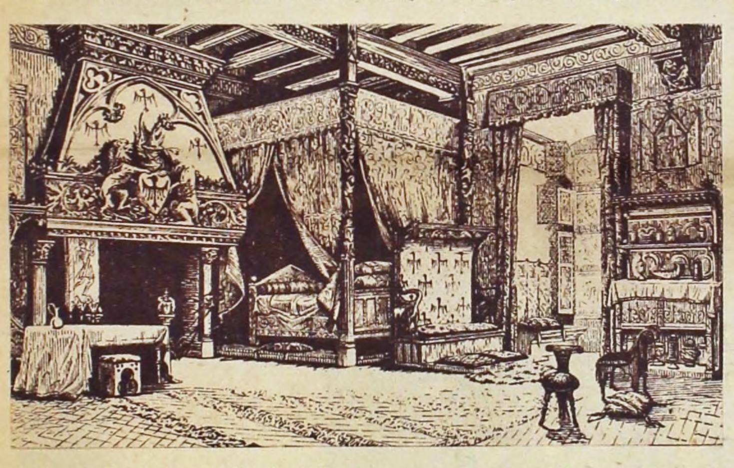
Autor de tragedias él mismo, explicaba o definía Alfieri la tragedia: "un licor enervante que contiene dos tercios de horror y un tercio, o casi un tercio, de piedad". Y en "su" tragedia debía pensar Alfieri, en su manera de componer tragedias, cuando daba esta fórmula, receta de "Cocktail" teatral. ¿Estaría completo este "cocktail", sin embarfgo, si al licor enervante se añade la especie amarga disuelta en la crueldad? Porque también Voltaire era autor de tragedias y decía: "Toda la pasión de un poema dramático es agua mansa y limpia mientras no la agite el viento de las crueldades y una tempestad levante. Un solo personaje cruel sobre la escena y, mala o buena, con ese personaje la tragedia comienza".

No es ocasión ahora de entrar en ese debate. Ni sería oportuno. Ni prudente. Pesa mucho ese Alfieri, inventor de retóricas dramáticas aun en Italia misma, sustantivo país de retórica. Y pesa mucho Voltaire. Pero ahí quedan esos tres elementos: horror, crueldad y piedad. Acompañados, solos, reactivo son de la tragedia pura. Y piedra de toque además. Tan piedra de toque y reactivo que, poniendo en su cuadro el horror, lo piadoso y lo cruel —y en su tiempo— la entraña de la tragedia aparece, con su propia y mayor resonancia. Porque hay horror, crueldad y piedad en la tragedia griega. Y el horror de "Edipo", la crueldad de "Prometeo", la piedad de "Electra", tienen la belleza y la serenidad del mármol. Los hay en la tragedia clásica francesa (con pelucas de Racine o de Corneille), en el drama de Alfieri. Y aun siendo griego y trasplantado el personaje (Fedra, Ifigenia, Electra), la tragedia de Racine o de Corneille, pura y noble, sin embargo, es drama de salón cerrado; aun con túnica vestido el personaje, de seda son, y de encajes, la crueldad y el horror; perfumada y con peluca, la piedad; para gentes de Corte la ficción. Y en la tragedia de Shakespeare, también el horror, lo piadoso y lo cruel. Con la carcajada franca y detonante, también cruel, a veces detrás del horror. Ni mármol, ni pelucas, ni gente de corte, ni piedad perfumada. Castillos roqueros, en cambio, evoca el horror shakesperiano; murallas desnudas, almenas, catedrales góticas, feudalismo y pelea, en lo cruel y piadoso de Shakespeare. Y en la carcajada franca. En tal cuadro resuenan el dolor o la pasión eternos, escalpelo y palabra del padre de Hamlet, de Macbeth, de Falstaff, de Ricardo III. ¿Acaso no es ya una especie de milagro que a Shakespeare "descubrieran los primeros románticos y, al mismo tiempo, la poesía mágica, piedad y horror, de la ruina feudal?

No advierte uno exactamente aquellas resonancias oyendo y viendo una tragedia griega, o una tragedia clásica, o un drama de Shakespeare, en teatro cerrado, prisión de bambalinas, ficciones de papel, embrujo deslumbrante de luces combinadas. Pero compuso Shakespeare su tragedia "El rey Juan", puramente tragedia, puramente shakesperena: guerra entre Inglaterra y Francia con traiciones de hermanos y de nobles combinada, ejércitos feudales en escena, prisiones y rehenes... la ambición de poder, de dominio, de mando; la Fatalidad, en medio, abiertas las alas sobre la miseria humana... En el castillo de Angers puso Shakespeare la escena mayor de este drama. En el lugar donde vivió el rey Juan. Y en este mismo castillo de Angers se ofrece y representa ahora esta pura tragedia shakesperiana. Desde lo alto de la muralla señalada por Shakespeare grita hoy el actor, traidor o noble, vencedor o víctima, su dolor, su pasión o su cólera. Ejércitos feudales, asaltan los coros el mismo muro histórico. En los mismos salones señalados por Shakespeare (auténticos salones del rey Juan) la traición se consuma y se monta la conjura. En los mismos lugares señalados por Shakespeare, y también por la historia, la pasión, la piedad, el horror shakesperiano. Resuena el diálogo, estalla, allí donde la historia puso a su hombre, y Shakespeare a su personaje. A la representación asiste uno, espectador y, aunque no quiera, actor, en el drama metido, en el teatro sin papel pintado, sin prisión de bambalinas, sin luminarias de embrujo; muros desnudos y almenas, patios de guarnición, en cambio, donde actor y espectador se funden, penumbra de salones medievales, feudalismo y pelea... Y exactamente advierte entonces de qué manera es cierta aquella resonancia y con el cuadro se identifica Shakespeare, como un Racine substancia se hace de sedas y de encajes y Esquilo es belleza de mármol. ¡Cómo entra el escalpelo de Shakespeare en la entraña de la esencia humana cuando el diálogo estalla en el lugar exacto de su propia resonancia!



En la abadía de Fontevrult, las tumbas de Enrique II, de Leonor de Guyena, de Ricardo Corazón de León... Carne de historia. Todos ellos personajes de Shakespeare.



Alcoba shakesperiana del siglo XIV, tal como un grabado antiguo la atribuye al castillo de Angers.

Hay ahora como un nuevo renacer en el teatro de Shakespeare. Hace presa el cine, al mismo tiempo, en la reciedumbre atormentada de Otelo, en el espanto de Macbeth, en esa laguna de aguas claras arriba, fangal en el fondo, donde nada y se ahoga Ricardo III. Vuelven los teatros de vanguardia a extraer jugos nuevos (¡inagotable Shakespeare!) de Hamlet, el eterno indeciso, del drama ardante que encarna el Rey Lear, y aun busca fantasías y caprichos de magia en "El sueño de una noche de verano". Y al teatro va uno (vanguardia o no vanguardia), o al cine. Y Shakespeare aparece. Siempre. El Shakespeare que sabe ser simple y complejo, terrible y gracioso, calidad y defecto, melancólico, profundo y patético, apasionado, irónico, lírico, elocuente y sobrio, universo de pasiones y de sentimientos, verdad y energía, sonda que penetra, sacude y atrae, y pone la sombra moviente de la farsa detrás del dolor y del grito. Jamás tan Shakespeare como éste que sacude las piedras desnudas del castillo de Angers, su ambiente y su propio escenario.

No puede olvidar uno (y ahí clava raíces más hondas el drama) que camino de Angers, hoy mismo, casi ante los muros de Angers, pasó por la abadía de Fontevrault. Y en el drama de Shakespeare pone luego aquel paso. Porque unas tumbas halló en esta abadía. De piedra y reales y no de papel de teatro. Ceniza de hombres y no bambalina vacía. Las tumbas de Enrique II, Leonor de Guyena, Ricardo Corazón de León... Carne de historia todos ellos. Drama de historia. Todos ellos también personajes de Shakespeare.

J. B. TOLEDO.

Angers, Burdeos, 1952.

(Especial para EL DIA).

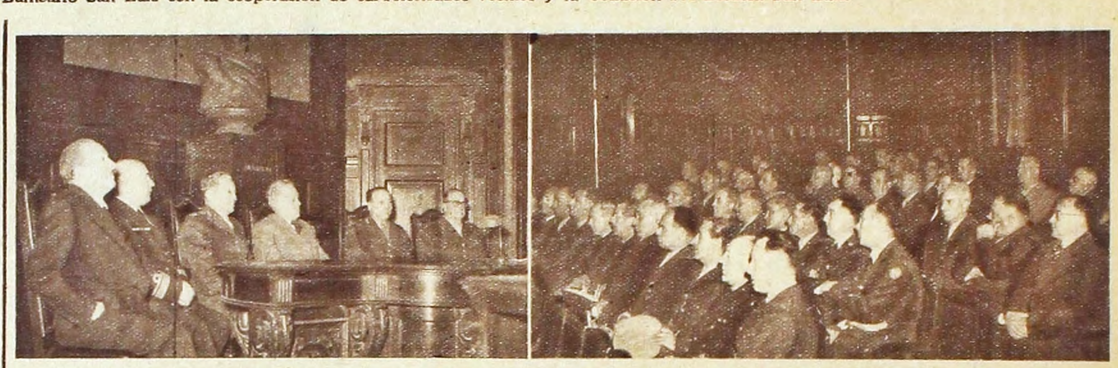


Estalla el diálogo de Shakespeare en el castillo de Angers, lugar exacto de su propia resonancia.

INFORMACION LOCAL



Visita del señor Intendente Municipal del Departamento de Canelones, don Rivera Berreta, al edificio en construcción que para escuela pública se está construyendo en el Balneario San Luis con la cooperación de caracterizados vecinos y la Comisión Pro-Escuela San Luis.



Acto realizado en el Ministerio de Defensa Nacional en el cual tomaron posesión de sus cargos los conjueces del Superior Tribunal Militar.



Miembros de la Asociación Uruguaya de Escritores, Casa Americanista, y Círculo de Bellas Artes, hicieron entrega al Intendente de Montevideo, don Germán Barbato, de un memorándum por el que solicitan del Municipio la creación de la "Casa de la Cultura".





En el Liceo Nº 10 de Malvín se han iniciado los cursos de Artesanía Artística con una disertación de la señora Olga Capurro de Varela Acevedo sobre el tema "Historia de la cerámica".



La instalación del taller de huecograbado en ***EL DIA*** *ha cumplido veinte años, y el personal ha festejado ese acontecimiento conjuntamente con el no menos importante de que en estos momentos se esté instalando una nueva planta impresora que mejora y amplía considerablemente la hasta ahora en uso. Rodearon al señor Lorenzo Batlle Pacheco y a los primeros técnicos que montaron el taller, todo el nutrido personal formado en la casa, asistiendo al festejo distinguidas damas, pronunciándose al final de la cena palabras de camaradería, de recuerdo para los que fueron, y de solidaridad en un trabajo que amamos intensamente cuantos estamos en él.*



En "Arte Bella" se inauguró una exposición de obras del pintor italiano Antonio Barrera, con asistencia de numeroso público.



Reunidos en la sede del Instituto de Estudios Superiores, el Consejo Directivo y los técnicos del Municipio que tomaron parte en el ciclo de conferencias sobre "Belleza y bienestar de la ciudad", consideran y resuelven puntos relacionados con el importante certamen cultural.



Festejándose la efemérides patria de la Confederación Suiza, se realizó el día 1º de este mes en la Escuela de ese nombre un lucido festival al que asistieron las autoridades escolares, invitados especiales y la Comisión Pro-Fomento, alcanzándose un notable éxito.



Inauguróse la VI Exposición Escolar Rodante en la estación ferroviaria de Pando, punto desde el cual se iniciará la jira de esta interesante muestra que dirigen las profesoras señoritas Ana Amalia Clulow e I. Pazos Abelenda.

TIPOS POPULARES

VICENTE GALARZA

NO llegará a la calidad de Licenciado Vidriera, porque en ese caso se necesitaría la pluma del que inmortalizó a Tomás Rodaja para caracterizarlo, pero no le faltaron modalidades dignas de perpetuarse. Hace seis años apareció un día la noticia de su muerte en el "Maciel". Nuestro padre nos había enseñado a respetarlo y a no reírnos de su persona. Aunque él buscaba lo risueño y era feliz con la risa que provocaba en los otros. Dentro de esa tónica se traza esta semblanza. Aunque no lo parezca, será una semblanza admirativa.

Yo no he conocido a nadie más fiel y más bueno que Vicente Pascual Alvarez Galarza. Era el débil mental de la fuerza ética, el hombre feliz que jamás usó camisa. Muy miope y bastante sordo, siempre en camiseta de enormes escotes, que le permitía lucir huesos y biceps acerados Chiquitín, su cabeza puesta hacia adelante y el garfio de su nariz más adelante aún, con pantalones generosos, que el *otro* siempre era más grande. Un cerquillo terminaba su cabellera generalmente mal rapada, como a los niños que se les recorta con taza. La eterna gorra de chofer, recién se transmutó hacia las últimas etapas en gorra de vasco. Vivió siempre como agregado, desde que abandonó su vida infantil del "Larrañaga". Y recorrió diversos hogares. Dos enormes baldes y más enormes aljofifas, eran su permanente revestimiento de ceremonias. Tenía una extraordinaria clientela, para lo que él, ingenuamente, llamaba sus *negocios*, en función de los que llevaba sus *libros* comerciales, en distintas libretas de sumas, sumas y más sumas. No se supo jamás qué hacía con el dinero, pues ganaba bastante, mientras comía y dormía en casa de los demás. ¿Quizás las damas?... Su honradez era exagerada, si puede haber exageración en la virtud. Se le llegaron a confiar miles de pesos, para que los entregara en Buenos Aires. Y dentro de esos cometidos, no había debilidad. Su partida de nacimiento sólo designaba a Vicente Pascual Alvarez. Pero como era más colorado que copete de cardenal, hubo quien le dijo que el Gral. Galarza no podía ser otra cosa que tío suyo. Y desde ese momento agregó el Galarza a sus tarjetas, que las tenía, y de lujo. En el Cordón, en Pocitos, y hasta en parte de los pagos de Mr. Ferdinand Pontac, centros de su actividad higiénica, se le conocía casi exclusivamente por el apellido del vencedor de Tupambaé. *Galarza, ¡a tal hora!* Y Vicente no faltaba. Como no olvidó jamás las fechas de cumpleños y onomásticos de sus amos y clientes. Era el primero en llegar, con sus regalos, generalmente finos —porque había quién sabe qué cosa de fineza ancestral en su sangre ignota—, aunque alguna vez —en algo tenía que aparecer el *pero*— obsequiaba con grandes cortaplumas de almacén, como dijes para áureas cadenas de reloj. Es natural, como resultante, que el día de San Vicente hiciera la recorrida de sus admiradores, y su imaginación exaltada se refiriera a regalos principescos recibidos. Otra prueba de su delicadeza romántica, era la entrega casi permanente de flores a las señoras y de dulces a los niños, con quienes era cariñosísimo. ¡Ponía una ternura al elevarlos en sus brazos y al danzar con ellos, en medio de cantos sui-géneris! Porque Vicente era en esencia un dionisíaco. La danza y el canto jamás se separaban de él. Podía estar limpiando platos, a la terminación de los almuerzos, pero no olvidaba dar una vuelta por el comedor, en más o menos rítmicas cantilenas. Era como el aedo, que alegraba el final de las comidas. "Ahora —decía— el gran poeta uruguayo Vicente Pascual



Alvarez Galarza, va a pronunciar el discurso de *apretura*... Brindemos, brindemos, brindarete, por nuestra familia... (y aquí el nombre de los anfitriones)". Luego, continuaba el programa recitativo-musical. Abiertos los brazos, con los ojos en blanco, pasando alternativamente la pierna derecha hacia la izquierda y ésta en sentido contrario, canturreaba el Nocturno, de Manuel Acuña, —la música no sé si era propia— y El Inválido, de D. Bartolomé Mitre. Con modificaciones, se entiende. Así decían sus versos, que con convicción denominaba "el inválido Mitre":

> Y piden p'al pasajero.
> una limosna por dios.

Cuando cantaba —demostrando una memoria prodigiosa, si bien con sus variaciones personales, y no sé si entraría en el índice de las hipermnesias— se ponía en trance. Quizás se interpusiera la mentada sordera y el ser bastante cegatón —de ahí sus anteojos de inconmensurable poder—, pero podían los niños y los grandes reír y hacer toda clase de manifestaciones humorísticas, que Vicente —¡pobre Vicente!— seguía imperturbable en filodramática actitud. Con suicidios al pie de tumbas y caídas consiguientes:

> De pronto llega un joven
> con paso *valcilante*...

¡No sé si pedir perdón a su memoria, por todo lo que he reído con sus excentricidades —no obstante el referido consejo—, porque siento por él un respeto y un cariño comparables a su lealtad, de las que no se ven. Es cierto que podrá apreciarse un tanto de humorismo en este retrato, pero la comicidad estuvo atada a su sino. ¿Será exclusividad de los débiles mentales el no adular, el no mentir, el no molestar, el no torcer malamente las intenciones más claras?

Su satisfacción máxima, la sentía cuando los niños le pedían el discurso en latín (sic), que vaya a saberse quién le enseñara en momento jocundo, y que le escuché tantas miles de veces, que lo puedo ofrecer de memoria: "De los grandes intérminos, paralítico infláutico, y de las aves trechadoras, las titudes hicachecera, oto ne la lingo lingológina, de las percaminósticas, enclíticas hicachecera, se han demostrado unos intérminos: De las aves que vuelan... etc., etc."

De su vocación pseudo poética, pasaba, con rapidez vertiginosa, a la médica. No hay que olvidar que había servido a estudiantes de medicina y que éstos son famosos en sus momentos de expansión. No sé si como consecuencia de tales fuentes, cultivaba una ciencia misteriosa, que él designaba las "*prenógicas*". Decía que se trataba de un secreto, imposible de divulgar: se creía un iniciado. El tal secreto, a estar a sus confidencias, se lo habría confiado una personalidad sibilina, con la amenaza de que si algún día fallaba en el diagnóstico, todo se desvanecería como castillo de sotas o de "Queens". Consistía en la predicción del sexo de los por venir. Pero como el secreto era a voces, por momentos explicaba que al observar hacia qué pie incidía con más fuerza el peso de las madres grávidas, podían preverse ropitas celestes o rosadas. No cobraba honorarios. Era más moderno: hacía apuestas. Si acertaba, porque no hay generalmente más que dos posibilidades en esa materia, el padre pagaba satisfecho. Si había error, ah, si ello ocurría... Por un tiempo no se hallaba a Vicente en parte alguna. Y más tarde, cuando se armaba del suficiente valor, refería que él había estado en posesión de la verdad, que sus "*prenógicas*" no habían fallado, pero para no desilusionar por anticipado al padre o a la madre, según el estado espiritual del interesado más digno de tener en cuenta, había modificado su predicción infalible... Todo ello, sin olvidar la terapéutica para cualquier clase de enfermedades, sobre todo en casos de resfrío, que curaba con leche bien caliente y un poco de "*coñal*".

En los carnavales, y de joven, soportaba los más diversos disfraces, obsequio, para su entretenimiento, de muchachas divertidas. Si ascendía a tablados, le llovían sifones de soda. ¡Oh triste signo reidero y ridículo de los seres de su estirpe, havan o no nacido en un lugar de la Mancha! En cierta oportunidad, el disfraz era impresionante. A tres cuadras se podía conocer quién era el que venía. Pero, por las dudas, al llegar aclaraba: "¿No me conocen? Soy Vicente...".

Sólo le escuché opinar mal de un semejante. De Lametz. "Ese loco", decía orgullosamente. Electricidades de análogo signo que se rechazan. Adonde llegaba, como he dicho, iba la risa con él. A veces tenía conciencia de ello y quizás le satisfacía. Si le tiraban de la lengua, solía caer en inoportunidades en materia de noviazgos. Hablaba largo de sus amores, generalmente de alto coturno imaginativo. En cierta ocasión, ella era la hija de un conocidísimo hombre público. Sostenía que iba vestido de frac y que el imposible suegro le ofrecía noche a noche la guitarra para que deleitara eróticos momentos. Rompieron, por desavenencias políticas... También hablaba de su numerosa descendencia. Casi todos los hijos de su deseo, serían profesionales, especialmente arquitectos... ¡Feliz Vicente, abnegado Galarza! Fué un trabajador insobornable, hasta sus últimos días, aun con aquellas enormes bolsas de verdura en que terminaron sus *negocios*. Sean estas palabras —e insisto— tributo y no nueva burla, porque sus genialidades tenían que permanecer. Sean —sin la ironía de Erasmo— un nuevo elogio de la locura, cuando ella es tan sana —y no se asombre el lector de la paradoja—, tan bondadosa, de tanta generosidad, que no sé si no fué Vicente, uno de los pocos hombres cuerdos que en este mundo hayan sido. Sobre todo, porque no maldijo de su vida, no se rectificó ni se desdijo de sus palabras, ante ninguno de los barberos ni de los Sansón Carrasco que lo rodeamos.

J. C. SABAT PEBET.

(Especial para EL DIA).

(Intentos de reconstrucción gráfica, por el autor).




Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS


MATO LANCEÓ A UNO DE SUS AGRESORES Y LUEGO OBSERVÓ ASOMBRADO. EL HOMBRE BLANCO HABÍA TOMADO A SU ATACANTE MÁS CERCANO POR UNA PIERNA Y REBOLEÁNDOLE POR EL AIRE SE SERVÍA DE MAZA CONTRA LOS OTROS.


CON SU CUCHILLO, "ESPÍRITU DEL BOSQUE" ULTIMÓ A DOS DE SUS ENEMIGOS--- PERO EL TERCERO HUYÓ.


"DÉJALO IR. ¿VES ESTOS EQUIPOS DE PESCA EN SUS BOLSOS? ESTOS HOMBRES VIVEN CERCA DEL RÍO." MATO HIZO CRUGIR SUS DIENTES. "ENTONCES DEBEMOS DE AVISAR A NUESTRA GENTE, IR A ESE RÍO Y DESTRUIRLOS."


MAS TARDE, EN LA ALDEA DE LOS KEMBAS, "ESPÍRITU DEL BOSQUE" PERMANECÍA SILENCIOSO ANTE LA ADMIRACIÓN DE LOS NATIVOS, MIENTRAS, MATO ATRIBUÍA A AQUEL HOMBRE PODERES SOBRENATURALES, Y LO INDICABA COMO JEFE CONTRA LOS HOMBRES PANTERAS.
1029


SIN EMBARGO HABÍA UN ESCÉPTICO. SOBU, EL HECHICERO, OBSERVABA CON SUS OJOS ROJIZOS LLENOS DE ENVIDIA, LA ATENCIÓN QUE SE TRIBUTABA A AQUEL EXTRANJERO.



DURANTE EL MES DE AGOSTO

Saldos de Balance

A PRECIOS SORPRENDENTES

20%

DE DESCUENTO

EN TODO EL SURTIDO DE ASTRAKANES, PAÑOS Y GENEROS DE LANA NACIONALES Y EXTRANJEROS.

20%

DE DESCUENTO

EN VESTIDITOS Y TAPADOS DE NIÑA, TRAJECITOS Y SOBRETODOS DE NIÑO.

20%

DE DESCUENTO

EN ARTICULOS DE PUNTO DE LANA PARA HOMBRES - PULLOVERS, SACOS, CHALECOS Y BUZOS.

VISITE LAS VIDRIERAS DE LAS TRES CASAS PARA APRECIAR LAS GRANDES OFERTAS.

AGRACIADA 2302
GRAL. FLORES 2341
18 DE JULIO 1601

Clientes del Interior: efectúen sus pedidos contra reembolso a CASA MATRIZ
AV. AGRACIADA 2302 Y M. SOSA

CAPURRO & Co.